

## LOST IN PRAGA

Desconocemos el motivo por el que nos atraen tanto las ciudades europeas con ríos caudalosos. Posiblemente se deba a la escasez de agua que fluye por el río Genil cuando pasa por Granada y a la tierra seca del cauce del Andarax que rodea Almería, los dos ríos que a Toñi y a mi nos han acompañado a lo largo de nuestras vidas. Una de esas ciudades europeas que queríamos conocer era Praga, bañada por el Moldava.

Planificamos un viaje de cuatro días en mayo, pues además de suavizarse las duras temperaturas del Este de Europa en dicho mes, pretendíamos con esa elección respirar la atmósfera de lo que pudo sentir el pueblo praguense aquella primavera histórica.

Salimos del Aeropuerto Federico García Lorca, siempre Federico en esta Granada suya, y llegamos al de Madrid sobre mediodía para enlazar con el vuelo que nos llevaría hasta la capital de la República Checa, y fue al atardecer cuando pisamos suelo praguense.

En nuestro ánimo estaba aprovechar lo mejor posible los pocos días de viaje y, sin tiempo para descansar, nos echamos a la calle. Notamos cómo sin darnos apenas cuenta las gentes iban desapareciendo de las vías públicas. Unos cenaban en casa y otros, los turistas, ocupaban ya los restaurantes del centro. Pensamos resistirnos porque a un español siempre le cuesta asimilar los horarios de los establecimientos del resto de Europa, pero tuvimos que desistir y entramos en un establecimiento situado próximo al hotel.

Se encontraba justo al lado de la Torre de la Pólvora, uno de los monumentos que llevábamos anotado en nuestro ‘cuaderno de bitácora’. Una torre gótica, oscura, ennegrecida seguramente por esa mezcla explosiva que almacenó siglos atrás y cuyo olor parece percibirse todavía cuando te aproximas a ella.

Al salir del restaurante atravesamos su arco con cierto recelo por la soledad que invadía las calles y dimos un corto paseo retornando al hotel, primero por el cansancio acumulado, y segundo por el respeto que aquel silencio tenebroso nos producía en una ciudad con fama

de poseer una belleza esplendorosa difícil de encontrar, pero que aún no conocíamos.

Nos levantamos temprano al día siguiente y desayunamos mientras organizábamos el día. En el hotel fue inevitable escudriñar el semblante del camarero que nos atendía. Circunspecto, serio, con cierta gravedad en sus acciones y palabras. Ninguna sonrisa. Ni tan siquiera un leve esbozo al servir el café y tan silente como las tazas donde lo vertía. Nos miramos y concluimos que su severa expresión se debiera quizá a un mal día.

Lo primero que hicimos fue dirigirnos a la Plaza de Wenceslao, centro comercial y financiero de la Ciudad Nueva. Nos sorprendió la actividad que reinaba en ella. Paseamos tranquilamente por esa plaza rectangular donde los edificios se alternaban entre clásicos y modernos, todos presididos por la escultura ecuestre de San Wenceslao con el grandioso Museo Nacional Clásico al fondo. Sus puestos de flores, los cuidados jardines, pero sobre todo los escenarios para ofrecer actuaciones en vivo de conjuntos musicales, hacen de ese lugar un espacio urbano que los turistas visitan con tanto interés como el resto de la histórica ciudad.

De allí nos dirigimos a la Ciudad Vieja. Contrastaba el bullicio de sus calles con la soledad que las envolvía la noche anterior. Mientras caminábamos nos costaba descubrir entre tanto turista a los ciudadanos praguenses. Praga con su Historia, su arquitectura, sus museos, su río Moldava, o sus escritores, se entrega al visitante y este se entrega a ella.

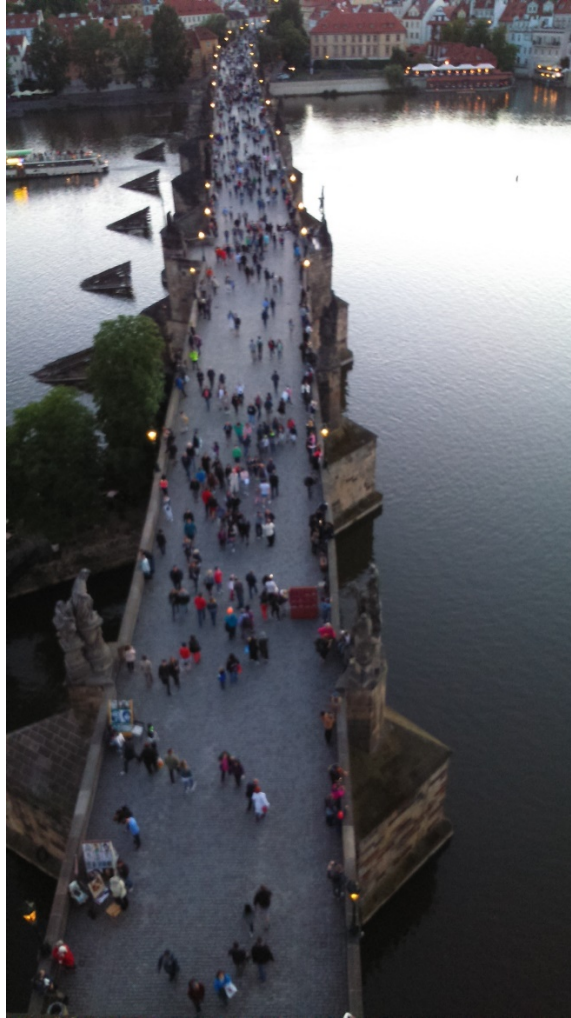
Nos dirigimos hacia la plaza donde el Reloj Astronómico se erige como principal protagonista.



Un reloj medieval que sobrevivió incluso a los bombardeos nazis, posiblemente protegido por sus doce apóstoles que, cada hora, aparecen en movimiento para saludar a los visitantes.

Tras el almuerzo nos dirigimos al emblema de la ciudad, el Puente de Carlos, esa obra gótica que cruza el Moldava custodiado por las esculturas que posan sobre cada pila. Antes de cruzarlo subimos a la torre que lo comunica con la Ciudad Vieja y disfrutamos de las vistas que nos ofrecía aquella atalaya desde la que pudimos contemplar el *skyline* de muchas de las cien torres que tiene la ciudad.

No podíamos continuar nuestro paseo sin immortalizar aquella imagen tan espectacular del puente, cuyas piedras son pisadas por miles de turistas cada día sintiendo el paso de la Historia que durante siglos marcó el devenir incierto de la región de Bohemia.



Tras pasear por el puente y disfrutar de sus esculturas y músicos callejeros que lo animaban con sus melodías, regresamos a la Ciudad Vieja para visitar el Barrio judío. Pretendíamos contemplar el cementerio cuyas lápidas sobre la tierra se amontonan desordenadas y descompuestas trasladando tu imaginación a lo sucedido bajo el Tercer Reich, cuando los nazis pretendían crear, en una de las sinagogas, un museo sobre una raza extinta.

Pero la sorpresa fue que, además de encontrarnos el cementerio cerrado al público ese día, el Barrio judío de Praga se ha convertido en un centro comercial donde están representadas todas las tiendas exclusivas de moda.

Continuamos hacia la plaza de la Ciudad Vieja donde contemplamos la Iglesia de Nuestra Señora de Týn, la puerta principal del Ayuntamiento y sorpresa, nos encontramos con otro escenario montado, donde un conjunto de músicos distinto al que actuó en la

plaza de Wenceslao por la mañana, daba un concierto en plena tarde. No falta la música en Praga, pero a pesar de lo animado del ambiente, no nos detuvimos mucho tiempo. Acababan de dar las cinco y decidimos volver a cruzar el Puente de Carlos y adentrarnos en los límites del barrio Malá Strana.

Paseamos durante un rato por la orilla del río contemplando los patos y divirtiéndonos con los juegos de las nutrias y sus deslizamientos por el agua acercándose a nosotros. Al fondo, contemplamos el Puente de Carlos desde otra perspectiva espectacular.



Esa tarde, mientras el sol caía sobre el Moldava, sentimos una atracción inesperada que nos empujaba hacia el museo de Kafka, pues sabíamos que se encontraba cerca. Y hacia él nos dirigimos dejando atrás el río checo. Subimos caminando unas cuantas calles y a la vuelta de una de ellas, convertida ya en alcor, nos encontramos a las puertas del museo. Estaba cerrado el interior y únicamente pudimos acceder al patio donde fuimos sorprendidos por una escultura del artista praguense Cerný. Dos hombres orinan frente a frente sobre una especie de fuente plana y cuyo significado está sujeto a distintas interpretaciones, una de las cuales puede ser que el escultor pretendiera representar en su obra el universo kafkiano que habitaba en el interior del museo.

Volvimos al hotel rehaciendo el camino de todo el día. Era ya de noche, pero aún bullía la ciudad. Tras una confortable ducha

volvimos al corazón de Praga y cenamos en un típico restaurante en el que nos sirvieron postres típicos praguenses.

Una de nuestras visitas previstas era la localidad de Karlovy Vary. No entraba en nuestra idea utilizar sus balnearios, sino pasear y disfrutar de sus edificios y vistas. Por la mañana nos desplazamos en un bus que tomamos en la estación de Praga, y pudimos disfrutar del elegante ambiente del balneario, lugar de reunión en otros tiempos de nobles y del mismo emperador Carlos IV, fundador de la ciudad en 1350.

Paseamos junto al río y sus cafeterías, y al atardecer regresamos a Praga, llevándonos un bonito recuerdo de esta pintoresca localidad.

El día siguiente se presentaba ilusionante. Visitar el Castillo de Praga y la casa donde vivió Franz Kafka eran motivos suficientes para disfrutar del último día completo que nos quedaba. Pero la aventura jamás puede desvincularse de un viaje y tras el desayuno, nos dirigimos a la parada más cercana del tranvía que subía hasta el Castillo.

Desconocíamos que los billetes había que comprarlos antes de subir al vehículo, pues no existían dispensadores en los andenes, y cuando Toñi y yo nos encontramos dentro del vagón, una turista nos advirtió que los expedían en un estanco cercano en el que también se vendían periódicos. No estaba en nuestro ánimo cometer una irregularidad en el pago de un servicio de transporte y más ante la advertencia de la señora, así que nos dispusimos a bajar del tranvía antes de que iniciara su marcha.

Pero sucedió que una descoordinación de movimientos nos llevó a la siguiente situación. Toñi se quedó dentro del vagón y yo fuera, con el agravante de que me había dejado el teléfono móvil en el hotel. Vi cómo se alejaba el tren con ella dentro y me dirigí rápidamente a comprar los billetes. Pero cuando tomé el siguiente tranvía no vi a Toñi esperándome en la próxima parada, momento en el que comenzó nuestra odisea.

No fue una odisea como lo sucedido en la famosa primavera, pero puedo asegurar que pensé en los praguenses de aquel 1968, cuando intentaron liberarse de la dictadura soviética para avanzar hacia la

implantación de unas reformas que suavizaran la dominación rusa que sufrieron desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

Pensé en el poso que había dejado en su carácter aquellos años de dura opresión y me dio la sensación, después de las dos horas que Toñi y yo estuvimos perdidos, de que en la idiosincrasia actual de la gente pervivía mentalmente aquellos duros años. Como si el paso del tiempo no hubiera conseguido suavizar etapa tan implacable para una sociedad que anhelaba ser libre.

Al llegar a la última parada del tranvía comprobé con estupor que Toñi no estaba esperando mi llegada. Pensé, quizá demasiado, y la imaginé detenida por no portar el billete de transporte, y trasladada a cualquier comisaria de la ciudad.

Camino del Castillo, intenté sin éxito que alguien me permitiera hacer una llamada desde su móvil para contactar con ella, pero no lo conseguí. Fueron negativas secas, desagradables, en el idioma checo y en los gestos. Incluso los miembros de la policía local a los que pedí ayuda me la negaron hablando en su lengua sin ningún ánimo de comprenderme. Secos, distantes. Sus miradas reflejaban cómo aquella primavera les había robado cualquier atisbo de empatía hacia los demás.

Tenía como último recurso regresar al hotel y recuperar mi móvil, pero el solo hecho de pensar que ella estuviera retenida cerca del recinto del castillo, me obligó a seguir buscándola por todo aquel espacio repleto de gente. Gente inexistente en realidad pues nadie se prestaba a permitirme una simple llamada de móvil.

Incluso algunos turistas italianos me negaron la posibilidad de utilizar un teléfono. Es como si aquella atmósfera triste, afligida, en la que nadie espera ayuda de nadie, envolviera todo aquel recinto y el resto de la ciudad.

Por fin, encontré ayuda en un hombre con aspecto romaní que me escuchó hablar en español cuando me dirigía a otros transeúntes cerca de la catedral. Tenía un porte elegante y gracias a él conseguí contactar con Toñi y, siguiendo sus instrucciones, conseguimos encontrarnos a las puertas de la catedral, recibiendo, cuando nos abrazamos, el aplauso de los amigos de aquel señor, cuya imagen aún perdura en nuestro recuerdo.





Nuestra aventura nos recordó la película *Lost in Translation*, de Sofia Coppola. Por un momento nos sentimos Bill Murray y Scarlett Johansson perdidos en Tokio, y como si comenzáramos a rodar nosotros mismos nuestra película, nos dedicamos a visitar todas las partes de aquel enorme recinto, donde reside el presidente de Checoslovaquia, hecho que nos importaba más bien poco, no así la ilusión de visitar la casa donde vivió Franz Kafka.

Así que recordando entre risas el mal trago pasado, fuimos a buscar el famoso Callejón del Oro, ubicado entre una serie de callejuelas que dan colorido pictórico e histórico al famoso castillo praguense. Buscábamos la casita de color celeste con el número 22 indicado en su frontal.





El interior estaba repleto de obras del famoso escritor checo. Las había traducidas a distintos idiomas, y por suerte, también en español. Encontrarse entre las paredes que habitó Franz Kafka, recordar sus obras más famosas que descansan en nuestra modesta biblioteca como son El Castillo, El proceso, El desaparecido y La metamorfosis, recompensó nuestro Lost in Praga. Nos perdimos, pero nos reencontramos con una ilusión renovada como merecía la ciudad, sus monumentos, sus puentes, su río, sus torres. No podíamos abandonar la casa de Kafka sin llevarnos un recuerdo de ella y compramos un ejemplar de Un médico rural, traducido al castellano. Por supuesto ya se encuentra en nuestra biblioteca.

Era la última noche en Praga y cenamos en un restaurante de moda denominado Portfolio. Fue una cena agradable recordando el episodio surrealista vivido durante la mañana. Tratamos de fijar en nuestra memoria la belleza de la ciudad. El metre del restaurante nos sorprendió ofreciéndonos un Rioja y lo aceptamos con mucho gusto. En la distancia, los productos españoles saben mejor.

Antes de retirarnos a dormir, nos tomamos la penúltima copa en el mismo hotel y brindamos por los praguenses, para que olviden

cuanto antes aquellos años de opresión rusa, aquella Primavera de Praga. Brindamos para que rían en las calles, en sus trabajos, en sus hogares. Quizá lo hagan y en el fondo estén más alegres que nosotros. Son los riesgos de los prejuicios tantas veces equívocos.

A media mañana tomamos el vuelo de regreso a Madrid. Observamos como los policías españoles atendían a los viajeros con amabilidad. Advertíamos su interés por ayudar. En el vuelo venía una pareja de praguenses. Fueron recibidos con una sonrisa cuando se dirigieron a nuestras fuerzas del orden y a los operarios del aeropuerto. Sentimos orgullo y nos alegramos de que comprobaran su comportamiento y su atención.

Cuando llegamos a Granada comentamos que cada pueblo, cada nación, son reflejo de su propia Historia. Un legado que cuesta mucho cambiar, incluso con el propósito de disfrutar de una vida mejor.

Toñi y yo nos perdimos y nos reencontramos en Praga. ¿Qué cosa puede ser más agradable que reencontrarse después de haberse perdido?

**FIN**